

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS

DE LA

SUSCRICION:

UN PESO AL MES EN LA HABANA

y 30 rs. ftes.

POR TRIMESTRES ADELANTADOS

EN EL INTERIOR

FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion

RICLA, NUM. 88

A DUEÑO

DE

DIRIGIRAN

TODAS LAS COMUNICACIONES

y reclamaciones.

EL NUMERO SUELTO SE VENDE

EN LA ADMINISTRACION

A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

AÑO ONCE.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

LOS DEFENSORES

DE LA

INTEGRIDAD NACIONAL.

Difícil ha sido para el Moro hacerse con un retrato del benemérito general Espinar; pero el buen deseo y la constancia triunfan de muchas dificultades. A fuerza de buscarla, hemos podido encontrar una fotografía con la cual, mereced al talento artístico de nuestro compatriota y amigo el Sr. Gomez, podemos llenar hoy un gran vacío que se iba notando en nuestra patriótica Galería.

Un viejo refrán dice que, á muertos y á vivos, no hay amigos, y en prueba de que no es siempre cierto lo que dicen los refranes, ahí vereis, por el retrato que ilustra el presente número de este periódico, que el Moro no se ha olvidado de un patriota hoy ausente de la isla, ni de los servicios que ese patriota ha prestado á la nación. Seguro está el Moro, lectores, de que todos conservais gratos recuerdos del digno general Espinar, y por consecuencia, recibireis con gusto su retrato por cuya razón hemos hecho lo posible por obtenerlo y reproducirlo en nuestra publicación, en prueba del noble afán con que procuramos siempre complaceros.

LA REDACCION.

CORRESPONDENCIA DE LOS INFIERNOS.

No se trata del infierno de los cristianos, cuya salida debe ser bastante difícil, sino del de

GALERIA DEL MORO MUZA.



EL EXCMO. SR. MARISCAL DE CAMPO DON FELIPE GINOVES Y ESPINAR,

2º Cabo que fué de esta Capitanía General.

los paganos, de donde consta que, á pesar de la vigilancia del Can-Cervero, lograron escapar Hércules, Orfeo, Eneas y el mismo Tesco, que fué á favorecer la tentativa de rapto de Proserpina, la esposa de Pluton, mo-narca de aquellas regiones.

Y bien, lectores, la prueba de que del infierno de los paganos siguen saliendo los que allí habitan, es que algunos de estos han dirigido á Castelar las siguientes cartas, que por casualidad cayeron en manos de El Moro MUZA, quien se apresura á publicarlas, para los efectos consiguientes.

I.

DE DEMÓSTENES, VAIEN DE LA ELOCUCION. (1)

Ciudadano Emilio: No sé si tu te conoces; pero me consta que me conoces á mí, con lo cual me considero bastante autorizado para dirigirte la presente.

Yo tambien te conozco á tí, Emilio, y conozco algunos de tus discursos, que, en honor de la verdad, son muy brillantes; pero, aunque suelen darte como improvisaciones, si quieres que te diga lo que siento, se me figura que hacen mas á aceite que los míos.

No es esa su falta mayor, en mi concepto, porque, desengañémonos; si toda obra humana es imperfecta por mucho que se la corrija, tanto mas imperfecta será, cuanto menor pulimento tenga. Así lo han comprendido todos los grandes oradores, incluidos Mirabeau y Verguiani, que, por haber

(1) En los números siguientes irán saliendo las cartas de Junio Bruto, Camilo, Régulo, Anibal y otros hombres ilustres.

aparecido en una época de desorden, casi tenían carta blanca para pecar de desordenados.

El defecto capital que yo hallo en tus discursos, amigo Castelar, es la falta de calor cuando te inspira la idea de la patria, y esto me hace sospechar que no tienes de sobra ese gran sentimiento del patriotismo, al que Cicerón y yo, con nuestras *catilinarias* y *jilipicas*, debemos principalmente la gloriosa inmortalidad que hemos alcanzado.

Eso bien te lo ha dado á entender en estos últimos días EL MORO MUZA, que tiene sobrada razón para echarte pullas, al ver la indiferencia con que miras las ofensas que hacen á la patria hombres que se tienen por republicanos.

¡Voto á Filipo! ¡Habeis, los modernos republicanos aprendiendo de los viejos esos exabruptos de parricida cosmopolitismo que estais ostentando? Mira: desde aquí veo á Sócrates, el ilustre filósofo á quien sus compatriotas dieron la mortífera cuenta, y ese hombre sigue siendo tan patriota, que, habiéndole yo preguntado el otro día en qué punto del globo quería ver la luz, si volviésemos á nacer, me contestó: en Atenas.—Allí, le replicué yo, teridiculizó Aristófanes y tus paisanos te sentenciaron á muerte, en vez de recompensar tus merecimientos.—Sí, repuso él; pero mi patria no tuvo la culpa de las injusticias de mis enemigos y jueces, y aunque así no fuera, preferiría sufrir las burlas de mis paisanos y beber de nuevo la cuenta en mi ingrato país, á verme agasajado en cualquier otra parte.

No hace tres días, amigo Castelar, que hablé con Fidiás y con Milciades. El primero, que ha merecido llamarse el Homero de la escultura, fué acusado de impío y murió en la desgracia: el segundo, que había salvado á su patria en la batalla de Maratón, donde con 12000 atenienses derrotó á 300000 persas, pereció miserablemente en una cárcel, por no serle posible pagar una multa que se le impuso. Y bien, á pesar de la ingratitude republicana con que esos dos griegos ilustres se vieron tratados, ellos siguen adorando á la Grecia. ¿Qué más? Aquí tengo por vecinos á Temístocles y Aristides, dos ciudadanos de tan diversos caracteres y costumbres, que siempre están riñendo, pero siempre andan juntos. Ambos probaron el ostracismo, como tú sabes, no obstante haber el primero salvado á la Grecia en la incomparable batalla de Salamina, y de haber el segundo llegado á tener tal concepto de bueno y honrado, que todos le llamaban el Justo. Pues bien: estos dos hombres, que siempre están riñendo, no han llegado á separarse mas de cuatro veces, porque hay un lazo que los tiene sujetos, y es el de su acendrado amor á la patria. ¿Cómo no, si Temístocles, el menos virtuoso de los dos, viéndose en el ostracismo, grandemente acariciado por Artajerjes, se envenenó por no combatir contra la Grecia?

En fin, amigo Castelar: no concluiría nunca si fuese á hablarte de los griegos republicanos que tienen derecho á reírse de los republicanos españoles, al ver á estos pecar, cuando menos, de indiferentes en los asuntos de patriótico interés, aunque hay uno entre mis compatriotas que no se ríe, porque está irritado contra vosotros, y asegura que de buena gana os daría de cachetes si le valiera la suya. Dichosamente, para vosotros, mal puede daros de cachetes un hombre que no tiene manos, pues has de saber que el individuo de quien voy hablando, es aquel valiente soldado ateniense llamado Cínegiro, que, viendo en Maratón que una nave de los derrotados persas trataba de alejarse de la

orilla del agua, la cogió con la mano derecha, que los enemigos le cortaron de un hachazo; agarró entonces la nave con la mano izquierda, y de otro hachazo se la cortaron los fugitivos, visto lo cual, quiso el temerario detener dicha nave con los dientes, y entonces fué cuando los persas lo mataron.

Puedes figurarte, amigo Castelar, lo que un hombre como Cínegiro pensará, no ya de un Díaz Quintero y de los redactores de ciertos periódicos de Madrid que han hecho causa común con los enemigos de la nacionalidad española, sino de tí y de otros como tú, que, al ver la justicia con que, en concepto de muchos, el epíteto de republicano entre vosotros ha venido á ser sinónimo de mal patriota, continuais impasibles, como dando á entender que esa mala nota os tiene sin cuidado.

En cuanto á mí, ¿qué te diré que no sea público y notorio? Cabalmente pequé, según mis desdichados contemporáneos, por el exceso del patriotismo. Bien sabes que los atenienses, creyendo imposible resistir á los macedonios, quisieron varias veces rendirse sin pelear, y que yo les obligué á cambiar de resolución con mi elocuencia.

Tan abatidos llegaron á verse mis conciudadanos, que temiendo el efecto de mis discursos, me prohibieron hablar; tuve que engañarlos en la plaza mayor de la ciudad, diciendo que iba á contarles un cuento, para que me escuchasen, y aun encontré medio de invadir el terreno de la política y de levantar el enervado espíritu de aquellos hombres degradados, á quienes hice, por fin, tomar las armas para pelear contra las huestes de Filipo.

Y si esto hacía yo, siendo ateniense, en los fatales tiempos en que florecí, ¿qué no haría siendo español, es decir, perteneciendo á un pueblo cuyo espíritu varonil no decía nunca? ¡Voto á Filipo! Si yo estuviera en tu pellejo, te aseguro que habría hecho ya por enardecer á los leales de tal modo, que no permitieran que un solo traidor infestase con su presencia el aire de la Península. Bien decís vosotros, que dá Dios salchichón á quien no tiene dientes. ¡Yo hablé á hombres que no me comprendían, y á tí, que no muestras tener á tu Patria la centésima parte del amor que yo tuve á la mía, te ha tocado la suerte de hablar á los españoles, que harían maravillas, á poco que supieses sacar partido de tus dotes oratorias!

Verdad es, amigo Castelar, que en el célebre día 2 de Mayo, siempre vas al Prado á decir buenas cosas, sobre las cenizas de aquellos denodados madrileños que en 1808 murieron por la patria; pero, ¿por qué reservas tu patriotismo para solo ese día? ¿No ves que, al observar que te callas cuando en la prensa y en el Parlamento insultan tus correligionarios á los buenos españoles que en Cuba defienden la honra nacional y la integridad del territorio, va la gente á tomar á broma el patriotismo convencional de que solo haces ostentación en un solo día del año? ¿No comprendes que esa comedia es ya insostenible, que todo el mundo va teniendo por calculado el patriotismo periódico de que haces ostentación, y que corres peligro de que te nieguen sus aplausos los que te oigan hablar el día 2 de Mayo del año que viene, no habiéndote visto ahora protestar contra las barbaridades de Díaz Quintero, y de los redactores de *La Discusión* y de *El Sufragio Universal*?

Pues no es difícil lo que te digo, y bien sé que eso no te ha de ser indiferente, porque á mí me han asegurado que los artículos en que mas elogios te se prodigan, los escribes tú mismo; de lo cual deduzco que no ha de

ser tan mortificante para otros el verse silbados, como para tí el dejar desear aplaudido.

Por último, Castelar, haz de tu capa un sayo; pero no digas que la conducta que observais los republicanos del día es copia de la que observaban los de mi tiempo, tanto en Grecia, como en Roma y Cartago, pues eso no puede tolerarlo tu modelo y servidor

DEMÓSTENES.

MAÑANAS DE LA GRANJA.

Meditación primera, en forma de prefacio; en la que se trata de los amores del autor y de los del Cid; se manifiestan saludables y provechosas máximas, y se declara casi la razón de esta obra.

Otra falgura sus rayos
En mitad del claro día,
Y su lumbre ardiente envía
Al árbol como á infior.
N.

El autor de estas líneas se ha conquistado entre sus amigos y conocidos una reputación innegociada de insensible y desapasionado.

Al formar semejante juicio, los que tal opinan, se dejan llevar de engañosas apariencias; pues se fundan principalmente en la excelente salud que goza el que esto escribe.

Los cuadros de Ticiano, Rubens y otros maestros, bastan para demostrar que el amor no conduce necesariamente á la demencia. Los autores citados le simbolizan en un niño sano y robusto, que tiene abultados los carrillos, el pecho y lo demás de su cuerpo; y digo lo demás, porque, por una de las infinitas inconsecuencias de nuestra humana especie, hay cosas que ruborizan escritas y que pintadas admiran.

Nada tiene, pues, de extraño que el autor de este escrito, que salió una tarde de su casa con el ánimo tranquilo y despejado, volviese de paseo meditabundo y preocupado, y que este cambio lo produjesen unos vivos ojuelos que desde entonces le persiguen con su recuerdo á todas horas y en todas partes.

Bajo la grata impresión del primer chispazo, pensó en seguir la senda trillada por donde caminan de reata los enamorados de nuestra época.

Trató, por tanto, de hacerse presentar en la casa por un amigo complaciente, apareciéndose para la primera visita con los atavíos siguientes:

Una camisa de finísima holanda,
unas botas de legítimo charol inglés,
un pantalón de suavísimo satén,
un chaleco de blanquísimo piqué,
una corbata de lustrósima seda,
un frac de elegantísimo corte,
un sombrero de delicadísimo pelo,
unos lentes de trasparente concha y
unos guantes de Dubost.

Pero abandonó ese proyecto, dejando á un lado las prendas enumeradas, al considerar que otros quince ó veinte adoradores le habían precedido con suerte adversa en su visita llevando el mismo traje, subiendo los mismos peldaños, llamando de idéntico modo, haciendo igual cortesía, sentándose en la misma silla y diciendo las propias trivialidades.

Hubo, pues, de prescindir de este medio por sobrado vulgar, porque, excepto el ridículo, nada aterra tanto al que esto escribe como la vulgaridad.

Por identidad de razón rechazó, después de un breve exámen, el no menos usado recurso de declarar su pasión en una carta, atendiendo á que la que era objeto de su adoración habría leído, perdoneme la suposición, por aquellas fechas, un centenar de epístolas amorosas,

concebidas en iguales términos,
escritas en el mismo papel, satiné glacé,
perfumadas con la misma esencia,

y en las que se prodigarian las flechas, los dardos y las llamas de que tanto acopio y consumo hacen los amadores.

Además de que horrorizaba al autor la idea de que habría de valerse para entregar su ardiente misiva, del auxilio de un criado, ó tal vez del poético aguador.

Desdeñando medios tan vulgares, pensó en manifestar su pasión por medio de una brillante serenata; pero desistió también de este plan, porque, como las serenatas amorosas son en la corte de España remotas tradiciones, era mas que probable que su adorada, equivocando la sana intención de los músicos, interrumpiese á los arpistas ó guitarristas con una lluvia ó granizada de piezas de dos cuartos.

Sin rubor confiesa que pasó también por su imaginación la idea de plantarse á caballo, y lanza en ristre, sobre el asfalto de la Puerta del Sol, adornado con los colores de su dama y retando á los que negasen su belleza; pero reconoció que esto era impracticable.

1º Porque habiendo visto á la que amaba engalanarse sucesivamente con trajes blancos, negros, rosados, verdes, cenicientos, morados, azules, atornasolados, escoceses, hilados, de mezcla y chinos, no le era posible averiguar en confusión tanta, cual era el color predilecto.

2º Porque siendo la generación actual sumamente política y bien educada, nadie incurre en la grosería de desmentir á otro cara á cara, aun cuando le despedace apenas vuelva la espalda.

3º y último. Porque, probablemente, solo había de luchar con algun municipal que le intimase la orden de dirigirse con todas armas á un cajón, como perturbador de la pública tranquilidad.

Entonces hubo de envidiar, el que esto escribe, los tiempos afortunados de Ruy Díaz de Vivar y de D. Suero de Quiñones.

En aquella época en que la galantería era un culto y el amor una religión, había sobrados medios de demostrar á una dama la vehemencia de los afectos que inspiraba.

Una mujer podía creer en el cariño de un hombre que, para acercarse á su reja, despreciaba los riesgos de recorrer á deshora las oscuras y tortuosas callejuelas de una ciudad árabe y que por ella se lanzaba á los combates ó exponía su vida en una justa ó desafío.

En la actualidad.....

(Se continuará)

VELISLA.

¡ALELUYA!

Cantemos himnos en acción de gracias.

La paz del mundo está asegurada. No hay que temer que pueda alterarse por nada ni por nadie.

Bien pueden los franceses y los prusianos darse de calamonazos y andar á la greña del modo y manera que se les antoje; que á los demás, espectadores tranquilos de sus desavenencias, no se les da un ardite de lo que en las orillas del Rhin está pasando.

¡Ahí es un grano de anís el motivo de todo esto! Corre muy válida la voz, de que Carlos Manuel Céspedes, presidente de la turba de mambises manigüeros de la república chirle, ha significado á las potencias europeas que se mantendrá neutral ante la gran lucha que se ha entablado, y en prueba de ello, añaden que ha mandado á su escuadra que se retire toda al puerto de Bayamo.

Esto habla muy alto en favor de las dotes políticas que adornan á Céspedes, y mas alto, mucho mas alto todavía, en favor de los intereses europeos.

Porque, vamos á cuentas, la neutralidad de un personaje tan eminente, jefe de una cuadrilla de asesinos é incendiarios, tendrá en jaque á todas las naciones y las obligará á no declararse por ninguna de las dos que están en armas, no sea que despues, y á pesar de su neutralidad, tenga el tal ciudadano el autojo de favorecer á la contraria y..... entonces se lo lleve todo la trampa.

Porque yo no las tengo todas conmigo; puede ser muy bien un ardid para declararse despues por una, y causar la ruina de la otra, como de seguro había de suceder. ¡Desgraciada la nación que tuviera á todo un Céspedes por contrario!

También puede muy bien ocurrir que se declare neutral y acabe por dar un cambio que le sirva para una jugada de bolsa. ¡Todo podía suceder! El papel mojado de *Cubita libre* es necesario que haga su papel en los mercados, porque un papel que no hace el idem, no es papel, por muy mojado que esté.

Pero, en fin, lo cierto es que una vez declarada la neutralidad de la república manigüera y guagüera, que de todo hay, se les habrá quitado á los contendientes europeos un gran peso de encima, y podrán estar tranquilas la Francia y la Prusia y entenderse á las mil maravillas, libres de todo temor; si Céspedes se declarase á favor de una..... ¡guay de la otra! Habría que borrarla en seguida del catálogo de las naciones.

No hay que alegar ignorancia.

Porque todo así lo anuncia:

Si Céspedes se pronuncia

Por la Prusia ó por la Francia,

La pobrellita nación

Contra la cual se declare,

No encontrará quien la ampare

Y dará el gran revolcon.

Si esa turba de mambises,

Libres de vergüenza y ropa,

Se regáran por Europa,

Como un puñado de anises,

Teniendo tal garbo y porte,

Y á correr tanta afición,

Fuera como la irrupción

De los bárbaros del Norte.

Pero hueste tan exigua

Diera al mundo que reír,

Porque no puede vivir

Sino oculta en la manigua.

Y no hay que tomar á risa el que la influencia de Céspedes pueda inclinar la balanza del lado de la nación por quien él se declare, porque ahora ha recibido su gente un gran refuerzo. Cuentan los libertadores entre ellos un adalid mas; un héroe digno de figurar entre los mas esforzados héroes de la manigua. Con el refuerzo de Diaz Quiñero han hecho los mambises una gran adquisición. Porque Diaz Quiñero es, quizá, y sin quizá, mas mambí que los que andan por esos montes talando y asesinando. El angelito es digno de vivir en la manigua, y en realidad allí debiera estar entre la vil canalla, que no es tan canalla como él.

Quinterito, Quinterito,

Me mueres á compasión,

Si es que tienes corazón,

Lo has de tener, tamañito.....

Arrepentido y contrito,

Quizás en este momento

Estás lanzando un lamento

Lastimero, ahogado, triste.....

Porque *aquello* que digiste

Será tu mayor tormento.

Convengamos en que si lo que buscaba Quinterito era celebridad, ya que nadie se acordaba de su persona, lo ha conseguido á las mil maravillas, logrando hacerse célebre. Es una celebridad la suya bien triste por cierto, y que nadie le envidiará; pero, al fin,

es una celebridad, y para antes de su talle no hay otra mas apropiada.

Que se vaya á perorar
Entre turba manigüera
Que en los bohios le espera:
Allí es donde debe estar
Con Céspedes y Aguilera.

CIDE HAMETE BENENGELI.

ESTILO EPISTOLAR.

I.

Señorita: desde el punto
En que por la vez primera
Fui tan dichoso que tuve
La satisfacción de verla;
Siento un volcan en mi pecho,
Corre lava por mis venas,
Y loco de amor, aguardo
Como un reo su sentencia.
Un Si de su boca anhelo;
Y se acabará mi pena,
Si soy tan feliz que logro
A mi amor correspondencia.
Mas si Vd., por el contrario,
Mis pretensiones desdeña,
Morirá loco de amores
Fulano de Tal. &c.
Papel fino y perfumado,
Tinta color de violeta,
Márgenes de cuatro dedos
Y muy cuidada la letra.

II.

—Caballero estoy cansado
Y esto ya de burla pasa:
Si Vd. no me paga pronto,
Le voy á romper el alma.
Creo que con mas finura
A ningún hombre se habla:
Si Vd. no atiende á razones,
Yo le buscaré mañana.
Hasta las tres de la tarde
Le estaré esperando en casa.
Suyo afectísimo (¡Mucho!)
Francisco Perez Borrascas.
Aunque es inglés el que escribe
Este género de cartas,
Tiene la letra española,
Y muy cursiva y muy clara.

III.

Querida Pepa, me encuentro
Preso por algunos dias,
Solo por una *majada*
Que di hayer en una riña.
El portador de esta lleva
Encargo pa que te diga
Que le entriegues unos cuartos
Y dos á tres *cañitayas*.
No te olvides de mandarme
El domingo la comia,
Y todo lo que tu puedas,
A mas de lo que te pida.
Si me faltas, cuando salga
Te doy un pié de paliza
Que te rompo cuatro *güesos*,
Con que vive previnía.
Abur. Muchas ispresiones
A tu madre y tu familia,
Y ya sabes que te quiere
Juan Rodriguez Palomilla.
Papel de barba, no limpio;
Letra grande y desunida,
Rúbrica de siete lazos,
Y ninguna ortografía.

IV.

Amado pepe del alma
Como no as benido oy
Te quiero mas que á mi bida
Y mas que á mico razon.
No faltes oy á paseo
Que hiré sin falta á las dos,
Con mis primas te esperado
Desde las siete al valcon.
El dia 140
De este mes al fin me boy,
Mamá está algo mala anoche
A tenido indignestion.
Tengo mil cosas que ablarte
Yo no bibo sin tu amor,
Que no faltes pepe, mio
Tulla, Tulla, Tulla,

O.

Mal papel, letra infernal,
Alguno que otro borron,
Los renglones muy torcidos,
Y la ortografía atroz.

BOABDIL EL CHICO.

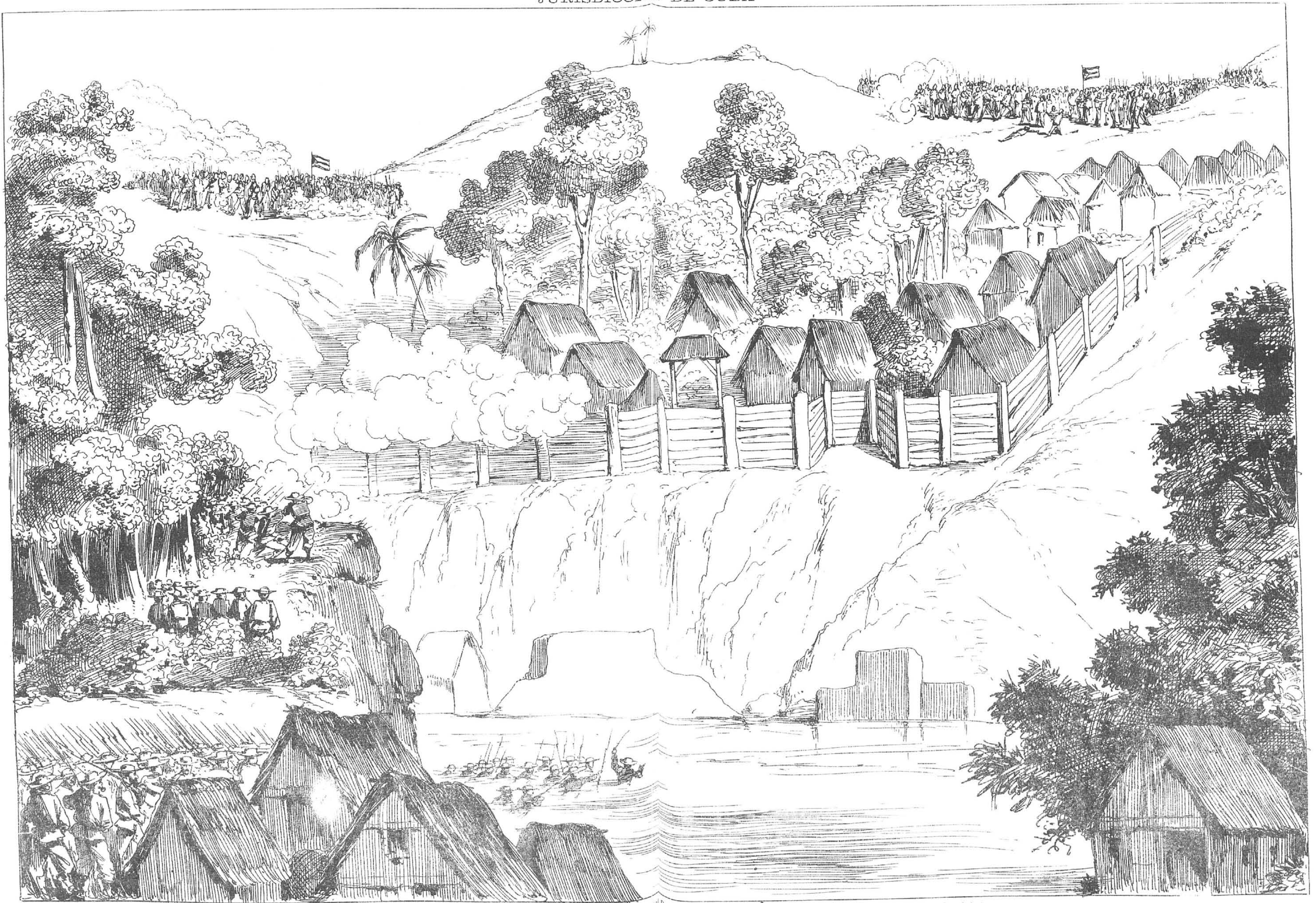


Fig. 1. - *Plan del Comercio, Obispo 81*

Ataque y toma del Campamento del Hondon por las tropas del Teniente Coronel Don Juan Lopez del Campillo, llevando á sus órdenes al bravo batallón de San Quintín y Voluntarios de Mayarí á las órdenes del Comandante Mestre.
(Croquis tomado sobre el campo de batalla.)

LAS PEQUEÑAS VIRTUDES.

«Los negocios domésticos, los deberes sociales, los estudios, las facultades del espíritu y del corazón, ofrezcamos todo esto á Dios: mi querida señora, sed amable para él; humilde y paciente por él, y tendréis un tesoro de horas afortunadas: no de horas sin pesares; pero sí dichosas, porque estarán en armonía con vuestra conciencia, y con el divino Modelo; allí está el mérito; allí está la paz; allí está la caridad; allí está la fuerza.»

SILVIO PELLICO.

CARTA Á UNA DAMA.

I.

Virtudes pequeñas, ¡qué dulce es nuestro poder y qué necesidad tenemos de vuestro auxilio las mujeres!

Quédense para el sexo fuerte las grandes, las que producen acciones heroicas, que se esculpen en bronce y en mármoles. El brioso alazán necesita la inmensidad, para lanzarse en la brava carrera; el cisne necesita solo el dulce y límpido lago, y el pajarillo la embalsamada y escondida floresta; así nosotros, tanto ó mas que las relevantes cualidades, mucho mas que la ciencia y la grave y sólida instrucción del espíritu, necesitamos rodearnos de las pequeñas flores del Evangelio, abiertos bajo los pasos de Aquel que fué dulce y humilde de corazón.

Paciencia, dulzura, indulgencia, afabilidad, cortesía, olvido, ignorancia de las faltas de las otras, caritativa condescendencia para las debilidades de las demás, yo os llamo desde lo íntimo de mi corazón, para que hagáis mi vida apacible y feliz!

Fuerza es que yo lo confiese, *las grandes virtudes*, tales como en general se entienden, me han asustado mucho siempre, y aun mas el aspecto de los que las practican; porque las personas de *gran virtud* se me han presentado constantemente ceñudas, mal vestidas, mal peinadas, regañonas é intolerantes.

¡Cuántas dulces y pequeñas virtudes he visto ocultas, por el contrario, bajo la graciosa apariencia de la belleza y la elegancia!

—Esa es una persona de *gran virtud*, he oído asegurar algunas veces: yo me he vuelto, llena de aquel amor y veneración que profeso á todo lo bueno, y me he hallado con una mujer fea, flaca, vestida de mala manera, uraña, regañona con el traje roto y descuidado.

—Está solo dedicada á servir á Dios, me han dicho, y su desprendimiento de las cosas terrenas es profundo y absoluto.

—Y qué! exclamé yo un día, con la ingenuidad de doce años que contaba entonces: ¿porque se sirva y se ame á Dios, se ha de ir así? ¿Impone su servicio por librea la miseria y la fealdad? Yo he leído en mis libros de estudio, que los antiguos coronaban de flores los blancos becerros y los hermosos corderillos que sacrificaban á sus dioses: ¿Merece menos nuestro Dios, que aquellos ídolos? ¿Merecen menos tambien sus servidores que aquellos animales?

Debo confesarlo: nadie halló que responderme; pero la *servidora* del Dios de bondad y de misericordia, me echó una mirada de cólera y de encono, y oí salir de entre sus labios, pálidos y secos por el ayuno, el dictado de *chiquilla insolente* con que me regalaba.

II.

—Parece, continué yo, riéndome en sus narices de la horrible cara que me puso, parece que solo se ofrece á Dios lo que el mundo ya no quiere, lo peor y lo mas feo! Todas las mujeres excesivamente devotas son solteronas viejas, ó que se han vuelto muy feas y á mí me parecen criadas del diablo! Jesús es muy hermoso; su madre es hermo-

sísima, y se deben asustar de los santurrones de ámbos sexos. Y luego, yo sé, porque lo dice la historia sagrada, que Abel elegía para el altar del señor sus mas bellos y sazonados frutos, sus mas frescas y perfumadas flores: estos dones los consumía la llama divina, y los de Caín quedaban intactos, porque llevaba al altar del sacrificio lo peor que tenía. Luego esta señora, se parece á Caín, pues no se dedicó al señor cuando era joven y bonita, sino ahora que ya no es lo uno ni lo otro!

Una careajada acogió esta salida, mas sincera que cortés, y mas lógica que agradable para la señora de *gran virtud*.

III.

No hace falta tampoco, para las dificultades de la vida de familia, y para las pruebas de cada día, una virtud romana: no es necesario ser Cornelia ó Arria; hay otras virtudes, pequeñas, ocultas, que son del dominio de la mujer cristiana, que parecidas á modestas violetas, embalsaman aquí bajo el hogar doméstico, y que tal vez un día formarán una diadema á la que las haya amado y cultivado constantemente.

¡Pequeñas virtudes, objeto de mis meditaciones de cada día! ¡Vosotras pasáis desapercibidas y no obstante, sin vosotras, no es la vida soportable! ¿Quiénes sois? La indulgencia, que perdona las faltas, bien que no pueda prometerse el perdón para sí misma; el piadoso disimulo, que parece no apercibirse de las faltas ajenas: la docilidad del espíritu, que adopta sin resistencia lo que hay de bueno en las ideas de los demás, aunque pensemos de distinto modo; la solicitud amable, que previene las necesidades y hasta los deseos de los que viven con nosotros; la liberalidad de corazón, que hace todo el bien posible; la represión del mal humor para con nuestros iguales, y de la impaciencia para nuestros inferiores; sois el callarse, cuando se desea decir una palabra dura; el vencer un movimiento de antipatía; el olvidar una pequeña injusticia, ó procurarlo á lo menos: el esconchar con cortesía paciente lo que nos fastidia; el prestarse con gusto á un juego, á una diversion, frecuentemente mas penosa que el mas árido trabajo.

¡Oh, no! no son brillantes estas pequeñas y queridas virtudes, y no atraen ni los ojos ni los elogios. El que está presente no sabe por qué se dice una palabra y por qué se calla otra; no penetra en el santuario del pensamiento, para leer allí que la manera de ser es diferente; no penetra hasta el corazón para sentir que los afectos están contrariados, y que un rudo combate tiene lugar entre el carácter y la virtud. ¡Una mirada, un gesto, una palabra, y el sacrificio queda cumplido!

Se deja pasar una falta de atención, un defecto de educación, como si se estuviera sin ojos y sin oídos; se tiene la calma en el rostro y la tempestad en el corazón! El lenguaje es apacible y el sentimiento es una llama. ¡Se guarda silencio y se ansía gritar y llenar de injurias!

IV.

¡Pequeñas, bellas y delicadas virtudes! ¡perlitas puras de la cadena de la vida, hecha de tanto hierro! ¡yo os amo, yo os venero, yo os llamo en auxilio mío á todas horas! ¡Yo os necesito, porque soy pequeña y débil, y porque adoro vuestra belleza! ¡Abridme vosotras los corazones y conquistadme afectos! ¡Sed mis protectoras, y que vuestro dulce y santo perfume anuncie mi presencia!

Amables y lindas jóvenes, que leéis estas líneas, mejor sentidas por mi corazón que trazadas por mi mano: la virtud que resulta de todas estas pequeñas virtudes reunidas,

es tambien una *gran virtud*, como es bello y admirable un mosaico compuesto de partículas diminutas y delicadas; pero esta gran virtud que poseeréis, practicando las pequeñas, no es fea, sino bella, adorable, llena de poesía y de gracia; esta gran virtud os exige el ser agradables, bonitas, elegantes, afables y dulces: os ordena cultivar vuestro talento y vuestras gracias, y es la sola verdaderamente grande y digna de ser ofrecida al Dios todo amor, todo grandeza, bondad y misericordia!

ZORAIDA.

DONDE MENOS SE PIENSA SALTA LA LIEBRE.

NOVELA QUE NO ES CULPA DE SU AUTOR, SI TIENE ALGO DE SENTIMENTAL.

(CONTINUA.)

Adela seguía sollozando y con la cara oculta entre sus manos. D. Ambrosio comprendió que prolongar aquella escena seria una crueldad, y levantándose, dijo:

—Adios, Adela; os dejo con vuestro dolor; pero volveré, y si no me engañan mis cálculos, tal vez os traiga la felicidad de que sois merecedora por tantos títulos. ¡Oh! Yo os juro no descansar un momento hasta que lo logre.

Adela le contempló atónita, y no podía explicarse qué felicidad podría llevarla aquel hombre, cuando para ella estaban muertas ya toda clase de felicidades.

D. Ambrosio se marchó á su casa, tratando de coordinar sus ideas, y confeccionando el plan que bullia en su mente, y que á todo trance pensaba llevar á cabo.

Por espacio de seis ú ocho días siguió visitando á Adela; pero sus visitas fueron muy cortas, y en ellas se trató solo de esas generalidades, que, sin importancia alguna, hacen el pasto de una conversacion; pero ni una palabra sobre lo pasado; nada acerca de la situación presente.

Algunas veces no la encontraba en casa, y entonces se distraía hablando con la pobre vieja que la cuidaba, y que habia llegado á tomar cariño á aquel señor que consolaba á su señorita y la solía distraer de sus melancólicas ideas. Cuando hubieron llegado á cierto grado de confianza, D. Ambrosio trató de saber el origen de Adela, y bien pronto se lo comunicó la vieja. Nada habia que ocultar, ni mucho era lo que habia que decir. Hija de padres honrados, quedó huérfana, siendo muy niña, con una pequeña renta que la habian dejado, y la cual no era bastante á cubrir sus atenciones. Aquella vieja, antigua vecina de sus padres, se habia encargado de ella, sin separarse nunca de su lado. Un maestro de baile que habia en la vecindad se aficionó á la niña, tomándola un cariño paternal, y la transmitió su arte, ya que no podía trasmitirle su fortuna. Adela era encantadora y arrebatada bailando. Cuando á la muerte de su maestro iba creciendo en edad, creció tambien en necesidades, y su modesta renta no bastaba para ella y su vieja amiga: he aquí la causa que la obligó á entrar en el teatro. Siempre honrada y siempre buena, habia vivido contenta y feliz, sin hacer caso de las mil seducciones que la cercaban y del sinnúmero de pretendientes que

se le habían presentado, hasta que el maldito tropezon de Ernesto dió al traste con aquella felicidad que la pobre niña había creído duradera. Tan cierto es que la mas pequeña causa suele, por lo general, producir grandes efectos.

D. Ambrosio fijaba su atencion en esto, y pensaba que, sin aquel maldito pañuelo arrojado á la calle, tal vez Adela hubiera correspondido á su amor haciéndolo feliz, ó al menos, no habría ella perdido su felicidad y continuaria en el estado de inocencia y candidez en que él la había conocido.

Una mañana se hallaba el vizconde Ernesto Duval recostado muellemente en uno de los sillones de su elegante gabinete. Pensaba en Adela, porque este pensamiento era su pesadilla, cuando le anunciaron la visita de D. Ambrosio. Grande fué la sorpresa que esta visita le causó; pero trató de ocultarla bajo las formas de un atento recibimiento.

D. Ambrosio tomó asiento á un ademan del vizconde, y estuvo algo cortado por momentos; pero bien pronto el objeto de su visita le hizo sacar fuerzas de flaqueza, y se puso á la altura de su situacion, que era grave y delicada.

—Os pido mil perdones, señor vizconde, por haberos importunado; pero me hallo en una de las circunstancias mas graves, y deseo consultar con vos acerca del partido que debo tomar, bien entendido que vos, y solo vos, podeis resolver esta consulta.

—Hablad caballero, estoy pronto á escucharos, y aunque, á la verdad, me extraña algo que sea á mí á quien os dirijais, no por eso dejaré de corresponder á vuestra confianza.

—No os extrañará el que sea á vos á quien me dirijo cuando sepais que se trata de Adela.

—¿De Adela decís!

Y Ernesto no pudo ocultar un movimiento de sorpresa dolorosa, y de curiosidad al mismo tiempo.

—Sí, caballero, de Adela. Vos no ignorais que yo la amaba, y que me habeis hecho mucho daño en este amor.

—Lo sé, caballero.

—Pero lo que no sabeis es que, despues de vuestro rompimiento, la he visitado y estoy próximo á casarme con ella.

D. Ambrosio trató de penetrar hasta lo íntimo en el corazon de Ernesto, para ver el efecto que le causaban estas palabras. El golpe había sido certero. Ernesto lanzó una exclamacion de asombro.

—¿Os casais con Adela, dijo..... pero dominándose al punto, continuó:

—Y bien, caballero, ¿qué me importa á mí ese casamiento? Esas son cosas vuestras; y para nada tengo yo que intervenir en ellas.

—Os engañais, vizconde! Vos habeis tenido relaciones con Adela; sois un caballero, y no debeis mentir nunca.

—¿A dónde quereis ir á parar?

—A esto. Sois un caballero, repito, y como tal, tengo confianza en que vuestras palabras serán siempre una verdad. Fiado en ello, vengo á deciros: señor vizconde, habeis tenido relaciones con Adela; yo trato de ha-

cerla mi esposa. Juradme por vuestro honor que esas relaciones no han tenido consecuencias que puedan afectar al que sea su marido. Soy un hombre honrado y me fiaré de vuestra palabra.

Dura, cruel era la situacion en que D. Ambrosio colocaba á Ernesto. Este vióabierto un abismo ante sus ojos, y no pudo reprimir un movimiento de horror. Su conciencia se sublevaba ante la idea de cometer una bajeza, y sin embargo, se veia aprisionado de tal modo, que tenia que cometerla á su pesar. Si salia garante de la virtud de Adela, cometia una infamia con aquel hombre honrado, que, fiado en su honor, iba á pedirle una palabra que lo hiciera feliz ó desgraciado; pero era mayor infamia todavia vender á la pobre Adela, declarando su falta á otro hombre, y abusar así de tan íneua manera de la jóven que había correspondido á su amor, confiando en su honor y lealtad. No, la situacion no podia ser mas violenta, y sin embargo, él hubiera querido declarárselo todo á D. Ambrosio, para de esa manera romper aquel casamiento que le atormentaba, que le daba celos, y que había hecho que su amor á Adela se convirtiera en idolatria en los cortos momentos que hacia que hablaba D. Ambrosio.

Todo el mal que Ernesto había causado á Adela, lo estaba espiando entónces, y si Adela le hubiera visto le habría tenido lástima, y su amor hácia él se hubiera aumentado, á ser esto posible.

D. Ambrosio adivinaba la lucha que tenia lugar en aquel corazon, y temblaba de que Ernesto no fuera como él le había juzgado y como lo deseaba. Resuelto, por fin, á terminar aquella escena, y á precipitar, si era necesario, los acontecimientos, dijo.

—Caballero, fiado en vuestra lealtad estoy, esperando una respuesta, y no puedo creer que me infirais la ofensa de no dárme la.

—D. Ambrosio, dijo Ernesto, tendiéndole la mano, perdonadme el haberme entregado por algunos momentos á reflexiones que me son bien amargas, y perdonadme tambien, os lo suplico, el que no conteste como deseais á vuestra pregunta. Creo que vuestro casamiento á nadie puede interesar tanto como á vos, y por lo tanto, es inútil que yo me ocupe de él.

—Entiendo, eludís el contestar á mi pregunta.

—No trato de eludirla, pero ya comprendereis.

—Lo que yo comprendo es que la contestacion que conánsia espero, no debe ser muy satisfactoria para la señorita Adela, cuando vacilais en darla.

—No vacilo, es que.....

D. Ambrosio comprendió que era necesario tomar un tono agresivo y violento para hacer saltar á aquel hombre que se estaba conteniendo á duras penas, y provocarlo á una explosion, aun cuando ella produjera una catástrofe; así es que dijo con marcada ironía.

—Temeis, acaso, decir una palabra que ataque el sistema nervioso de la señorita

Adela, como cuando veía mi sombrero.....? Nada temais; no está aquí, y lo que digais no llegará á sus oídos.

Ernesto miró á D. Ambrosio casi sin comprenderle, pero echando llamas por los ojos. D. Ambrosio continuó:

—Vamos, está visto, que la señorita Adela no puede ser mi esposa ni la de ningun hombre honrado.

—Mentís, dijo Ernesto, levantándose y poniéndose de un salto delante de D. Ambrosio, mentís como un infame, y si ahora mismo no declarais que Adela es digna de dar su mano al hombre mas honrado de la tierra, os arrojo por ese balcon, miserable.

—Conque venimos á parar, dijo D. Ambrosio balbuceando de emocion, en que es digna de ser mi mujer?

—Vos si que no sois digno de ser su marido.

Hubo un momento de silencio; D. Ambrosio estaba loco de alegría, pero le faltaba coronar su obra, y para ello, se levantó, y, tendiendo los brazos á Ernesto,

—Sois un verdadero caballero, le dijo: mientras aquella infeliz me ha declarado su falta, por no cometer una infamia, vos la tratais de ocultar por no cometer otra. Bien, vizconde; sois digno de la consideracion y aprecio de todo hombre honrado.

—¿Cómo! ¿qué decís?

—Yo ofrecí mi mano á aquella pobre niña, bsealy e sacrificó, confesándome su falta, por no causar mi deshonor. ¡Oh! Es un bello corazon; tan bello como el vuestro, vizconde. ¿Qué feliz seriais con ella!

—Pero ¿me ama todavía?

—Mas que nunca.

Ernesto no oyó mas: tomó el sombrero, y como un loco se lanzó por la escalera diciéndo:

—Consagrándola toda mi vida, no mereceré á que me perdone lo que la hehecho padecer.

D. Ambrosio le siguió, pero no pudo alcanzarle. Llegó á casa de Adela, y al entrar en el gabinete, se encontró á Ernesto arrodillado ante aquella angelical criatura, que lloraba de gozo y de felicidad, prodigándole los nombres mas tiernos. Cuando se apercibieron de la presencia de D. Ambrosio, se levantaron los dos, y unidos de la mano, fueron á estrechar la de este hombre honrado, que había sido el ángel de su salvacion.....

(Finalizad.)

CIDE HAMETE BENENGELI.

LA NOCHE DEL JUEVES.

Por Aláh juro, lectores, que la gran manifestacion popular que en la Habana hemos presenciado en la noche del juéves 11 del corriente debe mirarse, en mi opinion, como uno de los mas faustos acontecimientos que registra la historia de España.

Todos sabeis de qué se trataba en esa memorable noche; de obsequiar con un uniforme, y armamento y fornituras de Voluntario correspondientes, y con una serenata al Excmo. Sr. D. Antonio Caballero de Rodas, y todos habeis visto en los periódicos el pro-

grama del orden con que hacerse debían dichos obsequios. Lo que ni vosotros ni yo habéis visto nunca es una manifestación de entusiasta adhesión tan grandiosa, tan sincera como la que de los Voluntarios de la Habana y otros puntos, (pues sabemos que, entre otros, llegaron los de Guanajay a tomar parte en la fiesta,) y del vecindario todo de la Habana, ha recibido el general Caballero, el hombre identificado para siempre con los Voluntarios de Cuba, y en quien vemos encarnado el espíritu de nacionalidad que en todas las circunstancias ha de hacernos invencibles. Para los buenos españoles el general Caballero es ya un hermano como voluntario y un padre como autoridad superior. Con el general Caballero no puede surgir peligro que nos intimide, ni sacrificio que nos parezca costoso. Pocos hombres habrán llegado en el mundo a tener el gran ascendiente, la inmensa fuerza moral que hoy, gracias a sus dotes de mando y de noble carácter, tiene el insigne general Caballero sobre los buenos españoles insulares y peninsulares de la isla de Cuba.

Reunidos los Voluntarios por secciones en el Parque de Isabel la Católica, emprendieron a las 8 de la noche la marcha hacia Palacio, por la calle del Obispo, yendo en el centro la comisión encargada de poner el obsequio en manos de S. E. Al llegar a la Plaza de Armas, un jefe dió vivas a España y al Capitán General, que fueron calurosamente repetidos por el sinnúmero de almas que había en dicha Plaza. Subieron los individuos de la Comisión, jefes y oficiales de Voluntarios, y demás, y habiendo sido favorecido el director de El Moro por sus compañeros de Comisión para dirigir la palabra a S. E. en nombre de todos los Voluntarios de Cuba, este servidor de ustedes, soldado de la 1ª compañía del 7º batallón de la Habana, se expresó en los términos siguientes:

EXCMO. SEÑOR:

Un hombre muy desventurado, de quien con mucha razón ha dicho V. E. que, si no ha perdido el seso, debe carecer de competencia en las cuestiones de honra, ha tenido la avilantez de soltar en plena Asamblea Constituyente el terrible, el incalificable concepto de que los Voluntarios de Cuba deshonramos a la nación, y ese mismo lenguaje es el que en diversos países del mundo están empleando continuamente algunos periódicos, visiblemente asalariados para predicar la que llamaré cruzada de las calumnias.

En verdad, Excmo. Sr. si no fuera por lo elevado del lugar en que últimamente se nos ha ultrajado, el caso que los Voluntarios de Cuba debiéramos hacer de las ofensas que nuestros adversarios nos infieren, estaría determinado por la idea, que en nuestra opinión, deben tener de la honra los que no vacilan en merecer la infamante nota de traidores a la patria.

Porque, en efecto, ¿Es posible que hombres así entiendan la palabra honra, tal como la han definido los moralistas y las Acalemias de las naciones civilizadas? No. Esos hombres tienen, sin duda, de la honra la falsa idea que del valor tenían antes ciertos pueblos, en los cuales, según un ilustre filósofo, se daba el título de valiente al que esperaba a su enemigo detrás de una esquina y le asestaba una puñalada por la espalda. Esos hombres, permítame V. E. expresarme en el franco lenguaje del soldado, ya que tengo la satisfacción de vestir este uniforme; esos hombres, digo, pueden reclamar la honra de la Potajera, en la tragedia del Manolo, y V. E. sabe muy bien de qué modo el insigne escritor de costumbres, D. Ramón de la Cruz, ha justipreciado semejante honra.

Estas consideraciones, unidas a la de que, bien desahuciada deben ver su detestable causa los que fían al insulto y a la impostura el triunfo que no han podido alcanzar con el fasil ni con el machete, bastarían a vindicarnos de las

injustas acusaciones que se nos han dirigido, y contra las cuales hemos protestado unánimemente, no, lo repito, por el valor que damos a las personas que nos ultrajan, sino por lo augusto del recinto en que últimamente se nos ha vulnerado.

Pero hay que reconocerlo. Si los Voluntarios de Cuba nos hemos sentido varias veces gratuitamente zaheridos, también nos hemos visto gloriosamente vindicados. Diputados y escritores dignos hay en Madrid que han salido a nuestra defensa con hidalga bizarría. Los mismos presos de Cárdenas, cuyos supuestos suplicios han servido de falsa base a las torpes injurias de que somos blanco, han protestado espontáneamente, haciendo saber al mundo las bondadosas atenciones que deben a los calumniados Voluntarios de Cuba. ¿Qué nos faltaba, pues, a los Voluntarios de Cuba para vernos, no solo vindicados, sino hasta grandemente recompensados por nuestro amor al orden, por nuestro respeto al principio de autoridad y por los servicios que a la nación venimos prestando?

Si algo nos faltaba, Excmo. Sr., sobradamente lo obtuvimos en el memorable día en que un ilustre general, un eminente ciudadano, un hombre cuyo valor y veracidad son proverbiales, haciendo abstracción por un momento de las altas funciones administrativas que desempeña, y en las cuales ha sabido hacerse acreedor a las bendiciones de sus administrados, tomó el asunto por su cuenta personalmente, y escribió a un diputado procaz diciéndole: «Al ofender a los nobles Voluntarios de Cuba, me ha ofendido V. a mí, que tengo el honor de ser uno de esos Voluntarios.»

Esta declaración franca y generosa, Excmo. Sr., tocó a los Voluntarios en las fibras del santo sentimiento de la gratitud. Esta declaración hecha por un hombre de las prendas que adornan a V. E., elevó la vindicación a la altura de la apoteosis. Esta declaración, en fin, acabó de dar sólido fundamento al legítimo orgullo con que vestimos el uniforme de Voluntarios, pues nos dió el derecho de decir: «Contamos entre nuestros camaradas al ilustre ciudadano español D. Antonio Caballero.»

Y los Voluntarios, Excmo. Sr., profundamente agradecidos a la patriótica actitud de V. E.; los Voluntarios que con inmensa satisfacción vieron engañado en sus filas a un hombre de tan altas cualidades, quisieron que V. E. apareciese en el primer término de esas filas, decidiendo que formase V. E. a la cabeza de la primera compañía del primer batallón de esta ciudad, para ser, hasta en el orden numérico, el primer Voluntario de la Habana, el primer Voluntario de Cuba.

Al mismo tiempo, Excmo. Sr., los Voluntarios han querido significar de alguna manera la gran satisfacción que experimentan al ver en sus filas un tan eminente compañero, y han resuelto hacer a V. E. un presente, modesto en sus apariencias, pero valioso en el fondo, consistiendo ese presente en un uniforme de Voluntario, con las armas y fornituras que le acompañan.

Aquí está el obsequio, Excmo. Sr., Reciba V. E. ese traje que los enemigos de España suponen refractario a todo matiz de humanidad y de civilización, cuando solo es refractario a las negras tintas que han manchado la conciencia de nuestros detractores. Reciba V. E. ese sosten y complemento del lábaro, que en sus colores amarillo y rojo, lleva el *In hoc signo vinces* de la religión del patriotismo. Recíbalolo como sello del pacto de perdurable concordia, tácitamente celebrado aquí entre gobernantes y gobernados. Recíbalolo, por último, como un tributo, como un homenaje de afectuoso compañerismo, y al hacerlo así, añadirá un título más a los muchos que ya tiene para merecer el eterno reconocimiento de sus entusiasmados camaradas.

El Excmo. Sr. Capitán General contestó que aceptaba con gratitud el presente que se le ofrecía, que si era modesto en apariencia, tenía en realidad un valor inapreciable por su significación; pero que no aceptaba el título de primer voluntario. Voluntario de Cuba sería, sí, mientras Cuba necesitase de sus servicios, ya se ha-

llara en su territorio, ya en el de la metrópoli, en cualquiera situación; pero como entre los voluntarios no hay primero, es primero el que tiene la dicha de ser más útil, y los demás se considerarían desgraciados cuando no tienen esta ocasión, sin que por ello valgan menos, ni sean segundos, y así no admitía un título que correspondiese al más afortunado.

Que debía manifestar también que si una manifestación cual la presente, que sería registrada en las páginas de la historia de Cuba, tenía por objeto premiar sus merecimientos, no se consideraba merecedor de ella; pero que si se refería a sus intenciones, la aceptaba sí, y de todos modos la presenciaba y recibía con júbilo inmenso, porque se diferenciaba de cuantas en su vida ha conocido, por no tener que ver nada con la política, cuando la política es el móvil de todas. Que una vez más se ha demostrado que todos los que vienen a este país, aun los más apasionados y radicales en sus creencias y opiniones, al cruzar el Océano, al pisar las playas cubanas, relegan las teorías y sus aspiraciones para que lleno el corazón un solo sentimiento, el santo amor de la Patria, tantas veces y de tantas maneras demostrado.

Estas palabras de S. E. fueron recibidas con entusiastas aclamaciones por los Voluntarios; pero cuando este entusiasmo rayó en delirio, fué cuando el general Caballero, habiéndose vestido el uniforme con que se acababa de obsequiarle, salió al balcón donde se vió saludado y aclamado por el pueblo que llenaba todos los ámbitos de la Plaza. Aquella escena de expansión patriótica es una de las que no pueden describirse.

El Sr. Ferrer de Conto, primero, y el Excelentísimo Sr. D. Emilio de Santos, Intendente de Hacienda después, hablaron luego desde el balcón, y con sus palabras hicieron que se renovasen las aclamaciones.

Por fin, se pasó al comedor, donde el General había preparado un magno refresco, y allí hubo numerosos brindis a España, al primer Voluntario de Cuba, a los demás Voluntarios, al Ejército y Marina y a mil otros objetos sagrados, pronunciándose muchos y buenos discursos de que nos fué imposible tomar nota.

Tal ha sido esa manifestación, felizmente concebida y no menos felizmente realizada, que hará imperecedera la memoria de la noche del jueves 11 de Agosto de 1870, y cuya importante significación no puede escaparse a la penetración de mis lectores.

EL MORO MUZA.

El viernes por la tarde, cuando estaba El Moro para entrar en prensa, hemos recibido un comunicado de los Sres. Olavarrieta y Arias, sobre la Quincena de la Propaganda. Sentimos, entre otras cosas, que los Sres. Arias y Olavarrieta hayan venido tan tarde con un comunicado sobre el cual hay mucho que decir, como lo probaremos la semana que viene.

LA QUINCENA DE "EL MORO MUZA."

Mañana domingo, a primera hora saldrá a la venta pública esta interesante Quincena, ilustrada en su primera plana con el retrato del General Espinar y en la última con la caricatura-retrato de Díaz Quintero. Lleva noticias interesantes de la guerra, una relación extensa de la gran manifestación popular del jueves y las declaraciones de la mayor parte de los Sres. Conaules extranjeros en vindicación de los Voluntarios de Cuba.

IMPRESA «EL INIB», OBISPO 20.